



ENTREVISTA A NORBERTO PICO PARA ‘PATRIA SINDICALISTA’

JUANTXO GARCÍA

—Norberto, aunque hayan pasado bastantes semanas de aquel 11 de julio en el que España conquistó su primera copa del mundo de selecciones nacionales, la pregunta es inevitable: ¿qué te pareció toda aquella *explosión rojigualda* que sacudió al país de arriba a abajo?

—La mayor parte de los partidos los vi en compañía de amigos. Al final de cada uno de ellos, una amiga, nacida en Bilbao, llamaba a su abuela para celebrarlo. “Abuela, ¡hemos ganado! Muy bien hija ¡Viva España! Agur. Agur”.

He de reconocer que aquello me emocionaba. Imaginaba a una anciana, a la que el fútbol le traía completamente sin cuidado, que probablemente no había visto el partido, disfrutando de lo que, en su imaginación, era una victoria de España. No de un equipo de fútbol, sino de España como país. Una octogenaria, muy vasca y muy española, que había vivido el deterioro de la convivencia en su región a causa del avance del nacionalismo y cuyo dolor de vasca y de española era mitigado, en parte, por los triunfos de la selección.

Por lo demás, observo de forma crítica este *patriotismo futbolero* que invadió España durante un mes. En los mismos días en los que la gente abarrotaba las calles para celebrar la victoria de la selección se produjeron acontecimientos por los que sí valía la pena salir a la calle a protestar y nadie lo hizo. Es más, salvo en Barcelona, donde la concentración masiva para ver la final parecía la respuesta popular a la manifestación oficial celebrada el día anterior contra la sentencia del *Estatut*, las victorias de nuestros futbolistas fueron el mejor aliado del gobierno para que no se hablase de la reforma laboral y otros temas de suma importancia. Todo recuerda al desastre del 98, cuando la noticia de la pérdida de los últimos territorios de ultramar llegaba a la península con las plazas de toros abarrotadas de indiferencia.

—Es lástima, desde luego que toda esa *energía* no encuentre cauce adecuado. Me recuerda a toda esa masa de agua dulce de las tormentas que acaba muriendo en el mar sin ser aprovechada...

—Ha ocurrido ya en otras ocasiones. Baste recordar la respuesta popular ante el asesinato del concejal de Ermua **Miguel Ángel Blanco**. La indignación ante la vileza etarra hizo a la gente perder el miedo y, por unas horas, plantarle cara al separatismo. En aquella ocasión, los partidos mayoritarios, ajenos a la gestación de la protesta, se encargaron de encauzar el descontento del pueblo en su propio beneficio.

—Otros acontecimientos del verano, sobre los que, si nada ni nadie lo impide, acabará rotando el curso político que entra, ha sido la polémica sentencia del Tribunal Constitucional sobre el *Estatut* de Cataluña, las dos jornadas —absolutamente perdidas bajo mi punto de vista— del debate sobre el estado de la nación y los posteriores cambalaches entre el PSC y el PSOE.

—La sentencia del Constitucional sobre el Estatuto de Cataluña fue muy grave. Parece evidente que el Tribunal no buscaba la justicia, sino satisfacer al ejecutivo. Tras cuatro años de cambalaches, los miembros del Constitucional parieron una sentencia que deja tocado al Estado español y a su ordenamiento jurídico, que avala la persecución del castellano en Cataluña y que supone un peligroso antecedente al admitir la condición de nación para una parte del territorio español, aunque se diga que esto mismo carece de efectos jurídicos.

La reacción del nacionalismo catalán —desde el PSC a la *Esquerra*— fue la que se esperaba: seguir explotando el victimismo, ahora con el argumento de que España no respeta la voluntad del pueblo catalán expresada en *referéndum*.

Por su parte, la reacción de los impulsores del recurso de inconstitucionalidad, el PP, puede calificarse de mezquina. Tras su formal respeto a la sentencia y la ausencia de críticas a la misma —recordemos que le ha dado la razón en una parte muy pequeña— el partido de **Rajoy** esconde la voluntad de no incomodar a los nacionalistas que, tras las próximas elecciones, podrían auparles a la Moncloa. El PP, una vez más, antepone sus intereses electoralistas a los intereses de la nación.

Con todo, lo más grave de la sentencia del Constitucional ha sido, sin duda, la reacción del gobierno de **Zapatero**. El gobierno, lejos de garantizar el cumplimiento de lo dispuesto por el tribunal, ha manifestado su voluntad de buscar el modo de sortear la sentencia para dejarla sin efecto. El ejecutivo, obligado a *cumplir y hacer cumplir la ley*, se ha aliado con los nacionalistas para transgredirla. Hechos como este generan una inseguridad jurídica absoluta, liquidan el Estado de derecho y nos acercan cada vez más a un sistema dictatorial. Cuando la ley no es nada frente a la voluntad de quienes mandan, los ciudadanos se encuentran sin defensa posible ante los abusos del poder.

—**Y el debate sobre el estado de la nación, ¿lo seguiste?**

—Con escaso interés. Los debates en el Parlamento rara vez resultan interesantes. Los portavoces de los distintos grupos se limitan a enunciar sus consignas sin entrar a debatir las exposiciones de los demás. En este sentido, el Parlamento es una institución cadavérica, aunque sus moradores son personajes muy *vivos*. Este verano, por ejemplo, me han indignado las declaraciones del ex ministro de **Aznar**, **José Luis Acebes**, que se negó a contestar a la prensa durante sus vacaciones arguyendo que ya había dejado la política... ¡siendo aún diputado! ¡Imaginen el grado de implicación de este diputado con el futuro de su país y de su pueblo, en momentos de grave crisis! Increíble...

—**Aunque con cada vez menos aliados en el Parlamento, a Rodríguez Zapatero se le ha reprochado sus pactos con los nacionalistas, sin embargo Aznar también tuvo que echar mano de CiU y del PNV. En España parece que estemos resignados a pasar, tarde o temprano, por las horcas caudinas del nacionalismo, que es como decir seguir empujando al país hacia las taifas. ¿Ha llegado la hora de liquidar, de una vez por todas, el Estado de las Autonomías que, por cierto, ha demostrado ser absolutamente incapaz de integrar a las fuerzas políticas centrípetas?**

—Durante la *transición* se vendió la idea del Estado autonómico como una manera de acercar la administración al ciudadano. La realidad es que se crearon 17 miniestados, con sus 17 parlamentos y sus 17 gobiernos. Esto es, gastos multimillonarios multiplicados por 17. No se ha conseguido el objetivo de hacer más próximo al ciudadano el Estado y, por el contrario, sí se ha puesto a la nación al borde de la ruptura por la acción de los nacionalismos periféricos.

No son pocas las voces —dentro incluso de los partidos mayoritarios— que claman por la reversión del proceso autonómico. Esto es, que algunas de las principales competencias que fueron transferidas del Estado central a las autonomías retornen al Estado central. Falange Española de las JONS va más allá: los falangistas pensamos que es el momento de liquidar una fórmula de organización territorial cara y peligrosa como es el modelo autonómico. Indudablemente es urgente que las competencias en educación o seguridad vuelvan a estar centralizadas, pero también es importante que no se sigan incrementando las diferencias entre unas comunidades y otras en materia de sanidad, infraestructuras, impuestos o libertades públicas.

Mariano Rajoy insistió en la última campaña electoral en que él defendía un Estado de ciudadanos libres e iguales. Él sabe positivamente que el Estado de las autonomías garantiza justo lo contrario, pero no se atreve a plantear su reforma. Primero porque, por sus complejos, teme que le puedan tachar públicamente de *centralista*, cosa que equivale a *retrógrado* en la jerga política actual. Segundo, porque en el Estado de las autonomías está buena parte del negocio de los partidos ya que, gracias a ellas, el número de cargos públicos ha crecido exponencialmente.

Junto con estas razones de índole práctica para liquidar el sistema autonómico, están otras aún de mayor calado. Es indudable que esta fórmula de organización territorial ha dado alas a los grupos nacionalistas —ya hoy inequívocamente secesionistas— hasta tal punto que la unidad nacional está en serio riesgo. Con la liquidación del Estado de las autonomías los falangistas queremos hacer más eficiente a la administración, abaratar sus costes e igualar a todos los españoles frente al Estado. Pero, sobre todo, queremos quitar de las manos de los separatistas todos los instrumentos que las autonomías les han dado para socavar los cimientos de la unidad nacional: escuelas, policías autonómicas y televisiones públicas. Este es un asunto extremadamente grave y urgente.

—¡...!

—¿Hablabas de pactos de la derecha y la izquierda con el nacionalismo? Evidentemente. Ayer mismo, **Zapatero** se mostraba dispuesto a pactar con el PNV, lo que sin duda pone de manifiesto que el pacto de estabilidad en Vascongadas con el PP le importa

bien poco y, si hay que dejar en la cuneta, a **Patxi López**, a **Zapatero** no le va a temblar el pulso.

—**¿Cuál es a tu juicio la actual situación jurídica en el país? ¿Estamos en condiciones de afirmar que rige la Constitución de 1978? ¿Estamos, por contra, inmersos en un permanente golpe de Estado institucional? ¿Nos encaminamos hacia un período constituyente?**

—Tras el asesinato de **Tomás y Valiente**, en una de las concentraciones de repulsa, un alumno de derecho de la Universidad Autónoma de Madrid blandía un ejemplar de la Constitución como si de un texto sagrado se tratase y gritaba “podréis matarnos a todos, pero no podréis acabar con la Constitución”. Entre esa imagen —símbolo de una veneración, casi supersticiosa, hacia un texto legal que, como todos, es susceptible de ser modificado— y la situación actual, en la que todos los grupos políticos coinciden en la necesidad de su reforma, media poco más de una década.

La Constitución española de 1978 —con la que los falangistas fuimos muy críticos desde su aprobación— ha sido derogada en la práctica por el desarrollo legislativo. Esta posibilidad sería negada rotundamente por cualquier persona con un conocimiento rudimentario del Derecho, puesto que las normas superiores prevalecen siempre sobre las inferiores y la Constitución es la norma suprema en el sistema jurídico español. Sin embargo, es lo que ha sucedido. ¿Cómo? Al final, *constitucional* es aquello que una serie de personas —los miembros del Tribunal Constitucional— dicen que es *constitucional*. Si ese grupo de personas ha sido elegido *ad hoc* para decir que tal o cual norma se ajusta a la Constitución incluso en contra de toda evidencia jurídica, entonces nos encontramos frente a un problema, y no precisamente menor. Es lo que ha ocurrido con el Estatuto de Cataluña recientemente o lo que sucedió en su día con la primera ley del aborto, declarada conforme a la Constitución por el Constitucional con el voto de calidad, precisamente, de **Francisco Tomás y Valiente**, pese a que en su articulado la Carta Magna recoge la expresión “todos tienen derecho a la vida”.

Por eso me reafirmo en el argumento de que España camina hacia un régimen dictatorial, donde la voluntad del Gobierno prevalece en última instancia sobre la ley. Y mientras esto, imponer su voluntad sobre la ley, le siga siendo posible a este o a otros gobiernos, no creo que se planteen seriamente un nuevo proceso constituyente, pues consiguen sus objetivos sin que esto sea necesario.

Los falangistas sí apostamos por una reforma profunda de la Constitución. Entre otras cosas, para hacer realidad algunos de los preceptos contenidos en su actual redacción. Por ejemplo, queremos que España siga siendo la patria común e indivisible de todos los españoles, por lo que debemos proporcionar al Estado los mecanismos de defensa suficientes para protegerla de agresiones separatistas y, entre otras reformas, modificar el sistema representativo. Queremos igualmente que el derecho a la vida de todos sea efectivo, haciendo constitucionalmente ilegal el aborto. Queremos que se garantice el derecho de todos los españoles a usar el español en la escuela, en sus relaciones con la administración o en el desarrollo de su actividad profesional, sin que ello sea incompatible con el fomento de las otras lenguas habladas en España. Y queremos también que, conforme a lo dispuesto en el texto constitucional, se tienda a la posesión de los medios de producción por los trabajadores, modificando así el modelo vigente de empresa y de relaciones laborales. Todas estas cosas están enunciadas en la Constitución vigente, pero no se cumplen. Se trata, aunque en principio pueda sonar a paradójico, de reformarla para garantizar que se cumpla.

—**Tanto en algunos discursos de cargos de Falange Española de las JONS como de comentarios aparecidos en *Patria Sindicalista* se ha señalado al rey en particular y a la monarquía en general, no como solución a los graves problemas de España, sino que, por el contrario, persona e institución formarían parte de ellos. ¿Cuál es tu opinión al respecto?**

—Los monárquicos —*rara avis*— dicen que el carácter hereditario de la jefatura del Estado proporciona estabilidad al mismo al dejar la cabeza del Estado al margen de las luchas partidistas. Nosotros no compartimos el argumento. En absoluto. Pensamos que el jefe del Estado no puede permanecer al margen de los acontecimientos políticos como mero espectador, sino que debe liderar el proyecto nacional. Por eso no somos ni podemos ser monárquicos.

En nuestro caso, además de no ser partidarios de la monarquía, tampoco podemos tener buen concepto de la persona que en estos momentos encarna la institución en España, **Juan Carlos de Borbón**. La actividad política del monarca es aparentemente mínima pero, casi siempre, desacertada. Su modo de vida frívolo y su implicación —aún no aclarada— en uno de los episodios más oscuros de la historia reciente de España completan el cuadro de un personaje por el que no podemos tener simpatía alguna.

—**Nuestros adversarios dicen de nosotros que ofrecemos respuestas sencillas a problemas que son complejos. Por lo que a mí respecta y para no decepcionarles, no me avergüenzo de estar absolutamente convencido de que el meollo de la cuestión de la “crisis” radica en que alguien —llámese Unión Europea, FMI, Banco Mundial...— ha decidido que trabajemos más y que paguemos más impuestos cobrando menos, y que el *intermediario necesario* de este brutal reajuste del capital, en España, como en otros países de nuestro entorno, pasa por la social-democracia. ¿Ando muy desencaminado?**

—La *mano invisible* que, según **Adam Smith**, dirige la economía en el liberalismo es más bien una *mano negra*, ya que no corrige desigualdades sino que la consagra... no fomenta la justicia sino que genera más injusticia. Pero no es necesario recurrir a *manos negras*, ni a oscuras instituciones, ni pensar en extraños complots para saber quién dirige los hilos de la economía mundial. En el caso del proceso de reformas y pérdida de derechos que sufrimos los trabajadores españoles sabemos que fue el mismísimo presidente de los Estados Unidos, **Barack Obama**, quien telefoneó directamente a **Zapatero** dándole un plazo para acometer las

reformas, aunque desconocemos con qué le amenazó si no lo hacía. Por eso, éstas reformas, además de estériles y profundamente injustas, son una indignidad para el gobierno y para la nación, pues han sido impuestas desde el extranjero, haciendo evidente la sumisión de nuestro país a los intereses foráneos.

Otro ejemplo que sirve para identificar los mecanismos por los que se rige la economía a nivel mundial y su influencia en nuestro país lo encontramos en los mercados. Algunas de las empresas que cotizan en bolsa elaboran unos informes sobre la fiabilidad económica de las naciones. Estos informes —necesariamente parciales, puesto que parten de empresas con intereses en los mercados— son tomados como referencia mundial. A través de los mismos, las empresas que los elaboran —multinacionales estadounidenses— consiguen influir en la evolución de los mercados al ascender o descender en sus escalafones o *ratings* a las naciones, ya que estos movimientos tienen una respuesta inmediata en los mercados otorgando o restando confianza a los inversores en las empresas de dichos países. Pues bien, estas empresas amenazan a las naciones con bajarles algunos puestos en sus *ratings* si sus gobiernos no acometen las reformas que ellas consideran convenientes. Eso ha ocurrido, está ocurriendo, también con España.

—Despido más fácil y barato, progresiva desactivación de la dinámica de negociación colectiva, capitalización por cuenta propia del despido y de la jubilación —con la desinteresada participación de la banca privada—, futura —se comenta— privatización del INEM... Todo parece indicar que el capitalismo está bastante lejos de cualquier fase agónica...

—El capitalismo se ha sabido reinventar cada vez que una profunda crisis amenazaba incluso su propia existencia. Lo ha hecho, en ocasiones, *a la tremenda*, promoviendo conflictos bélicos que dieran salida a los *stocks* y que generasen economías que reconstruir... Destruir para luego reconstruir es una forma perversa, criminal, pero eficaz, de generar movimiento económico. Pero en otras ocasiones ha sido más sutil en su transformación camaleónica.

Una de esas transformaciones más perfeccionadas es, seguramente, la social-democracia. A través de ella, el Estado, esto es, la comunidad organizada, sale en defensa del capital privado cada vez que éste se encuentra en apuros. Cuando una gran empresa o un todo un sector, fruto de su mala planificación y de su errónea gestión, se halla cercano a la bancarrota, el Estado acude en su socorro por considerar que dicha bancarrota puede ser perjudicial para el conjunto de la economía del país. Una vez que esas empresas, gracias a la ayuda del Estado, vuelven a salir a flote, jamás devuelven el capital transferido por el conjunto de la ciudadanía. Esto ha ocurrido estos últimos años en España, por ejemplo, con la industria del automóvil. El capitalismo se muestra, así, flexible, negando una de las máximas de su ideología fundacional, el liberalismo, como es la de la no intervención del Estado en la economía, en beneficio propio.

Algunas de las predicciones de **Karl Marx** sobre el capitalismo parecen haber errado, aunque otras —véase la concentración de capitales actual— se han cumplido fielmente.

—¿No resulta un tanto extraño que en todas las recetas para acabar con la crisis ni una sola de ellas hable del invierno demográfico? ¿Qué futuro puede haber para un país como España, con una de las tasas de nacimiento más bajas del mundo y con una legislación abortista que ha traspasado todos los límites jurídicos y morales?

—España va camino de ser un país de ancianos. Esto tiene unas graves y evidentes implicaciones económicas, pues en breve la población activa será inferior a la de las clases pasivas. También culturales, ya que, en todo el continente, los europeos serán en unos pocos años minoría frente a quienes proceden de otras culturas, señaladamente frente a los inmigrantes de religión musulmana. Pero esta tendencia no va a ser invertida por la acción de nuestros políticos ya que sus prejuicios ideológicos se lo impiden.

La cuestión del aborto merece una reflexión aparte, debido a su terrible magnitud. Los abortistas recurren siempre a los casos extremos para justificar su defensa del infanticidio. Ponen como ejemplo el supuesto, casi aislado, de una joven de quince o dieciséis años embarazada, sin recursos... “¿Cómo obligar a esta chica a tener un hijo que no desea y que condicionará su vida para siempre?”, esgrimen como argumento pretendidamente justificador. Pero es que esa no es la realidad. La realidad es que hay toda una *industria de la muerte* funcionando en España. Lo cierto es que en los abortorios españoles se descuarta a miles de fetos de hasta ocho meses de gestación, se los introduce en una picadora de carne y se tiran sus restos por la alcantarilla. Y las motivaciones que llevan a esta monstruosidad no están en la pretendida desesperación de mujeres desamparadas ante sus embarazos no deseados, sino en los intereses económicos de quienes se lucran con el *negocio del aborto* y en la *cultura de la muerte* impulsada por la izquierda y asumida, prácticamente sin rechistar, por la derecha.

Esto, además de ser una barbaridad desde el punto de vista moral, tiene sus consecuencias para el conjunto de la sociedad. Porque una sociedad que justifica la violencia contra el no nacido, se vuelve, claro, una sociedad violenta. Y esa violencia se manifiesta contra las mujeres, contra los ancianos, contra los profesores o contra los médicos de la manera en la que lo hace.

El *invierno demográfico*, como tú dices, va a convertirse en una cuestión clave de la política española, sí o sí, guste o no, a no mucho tardar.

—Política de apoyo al castrocomunismo cubano, genuflexión ante Gran Bretaña en Gibraltar y ante Marruecos con respecto al Sahara occidental, actitud temblorosa frente a las agresiones a Melilla y Ceuta, tercermundismo caviar salpicado de guiños hacia la administración Obama. Desde que Franco Bahamonde firmó los pactos con Eisenhower, la política exterior española ha sido un quiero y no puedo. De acuerdo con que la figura de Moratinos es grotesca, pero tampoco es

sensiblemente inferior a personajes como Fernando Morán, Javier Solana, Abel Matutes o Piqué...

—En política internacional, lo importante es que España pueda tomar, en cada momento, las decisiones que más favorecen a sus propios intereses. Esto, hace muchos, demasiados, años que no ocurre. España tiene cedida su soberanía a organismos internacionales como la OTAN y la Unión Europea que sólo sirven a los intereses de sus impulsores: Estados Unidos, Alemania, Francia e Inglaterra... Para recuperar plenamente su soberanía política, económica y militar, España debe abandonar estas instituciones y reordenar su política de alianzas.

Pero es que hay algunos casos especialmente sangrantes. España no puede mantener relaciones de amistad con naciones que mantienen colonias en territorio español o que aspiran indisimuladamente a ocupar algunas ciudades españolas. Gran Bretaña y Marruecos no pueden ser tratados como *amigos* mientras estas situaciones pervivan. Lo contrario es seguir humillándose ante esos dos países.

—Cambiamos de tercio, Norberto, ¿en qué momento se encuentra el partido?

—Falange Española de las JONS afronta un proceso de transformación interna para adecuar sus estructuras y sus modos de trabajo a los nuevos tiempos. Si en las últimas tres décadas los falangistas no hemos conseguido que nuestras propuestas calen en la sociedad no ha sido porque la sociedad las rechace, como dicen nuestros rivales, sino porque, con toda seguridad, no las hemos hecho llegar del modo adecuado.

Se trata de aprovechar al máximo el capital humano del que disponemos. Nuestros afiliados tienen que seguir siendo el motor de la organización, pero su trabajo debe organizarse de modo más eficiente. Un partido pequeño como el nuestro no puede competir contra los aparatos de los grandes partidos si no es a través de un modelo de organización eficaz.

Para ello, debemos comprometer al conjunto de los afiliados en las tareas administrativas y de propaganda de la organización. Queremos que los afiliados no limiten su relación con el partido al abono mensual de su cuota. Ese esfuerzo económico es, sin duda, de gran valor, pero, sin duda, no es suficiente para sacar adelante al proyecto nacionalsindicalista. Todos los afiliados tienen algo que aportar. Se trata de organizar eficazmente potencialidades y trabajo. Queremos que nuestros afiliados hagan visible la organización en los plenos de los ayuntamientos, en las asociaciones de vecinos, en todas partes... Allá donde haya un problema debemos estar los falangistas ofreciendo soluciones.

El curso pasado, esa visibilidad se hizo palpable, con éxito, en varias ocasiones. Señaladamente en nuestras protestas en Cataluña contra las consultas independentistas y en nuestra demanda al juez **Baltasar Garzón**. Ese es el camino a seguir.

—Este proceso de transformación, ¿cuenta con el apoyo unánime de la organización?

—El apoyo a este proceso es mayoritario. No obstante, no faltan quienes lo observan con ciertos reparos. Para unos, el proceso de transformación es demasiado lento. Otros, por contra, recelan de los cambios ya que temen que los cambios en la forma escondan desviaciones —a izquierda o derecha— en el fondo. Es normal.

De todos modos la diferencia de pareceres y el debate interno enriquece a la organización siempre que se haga desde la lealtad. Falange Española de las JONS tiene abiertos los cauces de participación y, todo afiliado que lo desee, puede hacer llegar a la Asamblea General —máximo órgano representativo— sus sugerencias, propuestas o quejas. La organización debe asumir el debate interno como algo sano y beneficioso, aunque después actúe con una sola voz. Por su parte, los afiliados deben admitir sensatamente que la suya no sea la opinión mayoritaria dentro de la organización cuando así sea, sin que ello vaya en detrimento de su compromiso con el partido.

—No me gustaría cerrar esta entrevista sin que me dijeras cómo has pasado estas vacaciones —si es que las has tenido—, dónde te has escabullido de los rigores del estío y qué libro o libros has leído.

—Afortunadamente trabajo, por lo que he tenido sólo dos semanas de vacaciones que he repartido entre Galicia y Cádiz. Se puede decir que he recorrido España, junto a mi familia, de punta a punta, ya que mi destino en Galicia fue Finisterre y el de Cádiz fue Tarifa... Eché en la maleta dos libros que tenía pendientes de leer. *El asedio*, la última novela de **Pérez Reverte** y *La aventura del Muni*, un libro sobre el descubrimiento de la parte continental de la actual Guinea Ecuatorial, provincia española hasta 1968. El primero aún sigue pendiente...

—Norberto, muchas gracias por atendernos.

—Gracias a ti.

